

Annie Ernaux



6

Finalistas
del 5º concurso
de Microrrelatos



9

Eduardo
Mendoza

Riña de gatos
Premio Planeta



11

año 4
número 17
abril - junio 2011
10000 ejemplares

Paréntesis

El periódico literario

Contra el autismo



cacmálaga

Centro de Arte Contemporáneo

Silvie Fleury

hasta el 12 de junio

Poemas de Mark Strand
y Montserrat López **3**

4 *Tren*, de Santiago Davobe

El héroe,
de Guillem Sala i Lorda **5**

6 Fito Páez

Sexo en la frase **7**

8 Taxi driver
Talante II

10 Katmandú
SilencioDanza

Mucho **x** contar



2



Periódico Paréntesis

C/Sánchez Pastor, 1, 1ª dcha.
29015 Málaga
Tif. 952 60 82 44

www.tallerparentesis.com
periodico@tallerparentesis.com

Director Rafael Caumel
Consejero Antonio Almansa
Coordinadora Lola Lorente
Delegado Jorge Rosa

Redacción
Poesía de Siempre y de Hoy:
Montserrat López,
y otros

Prosa de Siempre:
Antonio Almansa,
Rafael Caumel
y otros

Prosa de Hoy:
Pablo Betancourt
y otros

Viajes y Literatura:
Pedro Rojano,
Rafael Caumel
y otros

Música y Literatura:
Damián Marrapodi,
Jorge Rosa
y otros

Escritura y Psicoanálisis:
Emilio Mármol
y otros

Taller de Escritura:
Rafael Caumel

Crítica literaria:
Antonio Almansa
y otros

Microtextos:
Damián Marrapodi,
Eugenia Carrión,
Montserrat López
y otros

Cine:
Sergio de los Santos
y otros

Cartas de los lectores (atiende):
Lola Lorente

Entrevista:
Lola Lorente,
Rafael Caumel
y otros

Diseño y Maquetación:
Rafael Caumel

Asistencia gráfica:
Damián Marrapodi

Eventos

Mucho **x** contar: muestra urbana de microrrelatos del taller

Una selección de microrrelatos escritos en nuestro taller de escritura estuvo expuesta en diversos lugares de Málaga durante el Día del Libro y la siguiente semana.

Los relatos estuvieron adheridos a los suelos de Vialia, centro comercial Larios Centro y sala principal de la Estación de Autobuses.

Además, se distribuyeron varios miles de marcadores de páginas (que recogían algunos de los textos expuestos) y un millar de ejemplares de un libro recopilatorio de toda la muestra. Tanto la exposición como la distribución gratuita de material impreso fue parte del Proyecto 20_11, con el que colaboramos dentro del mes dedicado a la

literatura.

Fue una forma divertida de llevar la creación literaria a la ciudad.

Agradecemos la colaboración de los tres espacios que albergaron la muestra y el apoyo de la Clínica Quirón y el Área de Juventud del Ayuntamiento de Málaga.



Cartas de los lectores

Gratuito y de calidad

Me dirigía al trabajo y fui placado por una señorita que me ofreció un periódico gratuito muy conocido. Estaba lleno de titulares manidos, las noticias no tenían ningún interés o su desarrollo era propio de parvulario y publicaban un melodrama infumable con unas incorrecciones gramaticales que te hacían saltar las lágrimas.

Pensamos que, como es gratis, no debemos ser exigentes, pero con toda la publicidad que albergan, la amplia

tirada, los expositores, la red de reparto, ¿por qué demuestran tan poco respeto por sus posibles lectores?

Cada vez que encuentro un ejemplar de Paréntesis me sorprende el buen nivel de vuestra publicación. Hay pocos anuncios y mucho esmero. Con ello demostráis que lo gratuito no está reñido con la calidad.

Andrés Prieto (Málaga)

Foro de Paréntesis

He visitado vuestro foro y me parece muy interesante. A las propuestas de lecturas, debates y actividades que hacéis, espero que se sumen más temas y comentarios. Quería daros las gracias por este espacio de intercambio y desearos mucha suerte con la iniciativa.

Sergio Pazos (Córdoba)





NEOÁTICA

SERVICIOS PROFESIONALES PARA INTERNET

DOMINIOS · DISEÑO DE WEBS · ALOJAMIENTOS · APLICACIONES ONLINE

Contacto · Correo electrónico: info@neoatica.com · Web: www.neoatica.com
· Telf: 952 60 29 59

Mark Strand

Hombre y camello (Editorial Visor)

Tormenta

La última noche de nuestro arresto domiciliario rugía el viento destrozándolo todo por las calles, rompiendo las persianas, dispersando las tejas, dejando tras sí un río de basura. Cuando el sol se alzó sobre la cancela de mármol, vi que los guardias, perezosos bajo el sol de la mañana, dejaban sus puestos y caminaban trastabillando hacia las arboledas de las afueras. «Cariño —dije—, vayámonos, se han ido los guardias, este lugar está destrozado». Pero era olvidadiza. «Vete tú», dijo y se subió el embozo hasta cubrirse los ojos. Corrí escaleras abajo y llamé a mi caballo. «Al mar», susurré y nos fuimos aprisa, qué rápido íbamos, mi caballo y yo, cabalgando sobre los verdes campos, como si fuéramos a ser libres.



Si desea publicar un poema, cuento o microrrelato, envíelo junto a su nombre, apellidos y teléfono a colaboraciones@tallerparentesis.com. Paréntesis incluirá los mejores en los siguientes números del periódico.

Tasio Peña



Poesía de Hoy

Montserrat López

Loca por morir

Mamá tiene razón cuando me dice que la loca está muerta. Cuando sus dedos limpian los trocitos de un labio cortado, cuando disimula y miente a papá.

El ataúd regalado es una monada, espera en la habitación a que le haga caso, se muere por llevarme lejos, por ejemplo, a París.

Nunca estuve allí, en ese cementerio dicen que hay comida, que penetran por los cipreses cantos de jilgueros y que la noche es eterna sin luz para los muertos.

Mamá tiene razón cuando me dice que la muerte está en mi cama.

Tren, de Santiago Davobe (1889-1951)

El tren era el de todos los días a la tardecita, pero venía moroso, como sensible al paisaje.

Yo iba a comprar algo por encargo de mi madre.

Era suave el momento, como si el rodar fuera cariño en los lúbricos rieles. Subí y me puse a atrapar el recuerdo más antiguo, el primero de mi vida. El tren se retardaba tanto que encontré en mi memoria un olor maternal: leche calentada, alcohol encendido. Esto hasta la primera parada: Haedo. Después recordé mis juegos pueriles y ya iba hacia la adolescencia, cuando Ramos Mejía me ofreció una calle sombría y romántica, con su niña dispuesta al noviazgo. Allí mismo me casé, después de visitar y conocer a sus padres y el patio de su casa, casi andaluz. Ya salíamos de la iglesia del pueblo, cuando oí tocar la campana; el tren proseguía el viaje. Me despedí, y como soy muy ágil, lo alcancé. Fui a dar a Ciudadela, donde mis esfuerzos querían horadar un pasado quizás imposible de resucitar en el recuerdo.

El jefe de estación, que era mi amigo, acudió para decirme que aguardara buenas nuevas, pues mi esposa me enviaba un telegrama anunciándolas. Yo pugnaba por encontrar un terror infantil (pues los tuve), que fuera anterior al recuerdo de la leche calentada y del alcohol. En eso llegamos a Liniers. Allí, en esa parada tan abundante en tiempo presente, que ofrece el ferrocarril Oeste, pude ser alcanzado por mi esposa que traía los mellizos vestidos con ropas caseras. Bajamos y, en una de las resplandecientes tiendas que tiene Liniers, los proveíamos de ropas estándares, pero elegantes, y también de buenas carteras de escolares y libros. En seguida alcanzamos el mismo tren en que íbamos y que se había demorado mucho, porque antes había otro tren descargando leche. Mi mujer se quedó en Liniers, pero ya en el tren gustaba de ver mis hijos tan floridos y robustos hablando de fútbol y haciendo los chistes que la juventud cree inaugurar. Pero en Flores me aguardaba lo inconcebible; una demora por un choque con vagones y un accidente en un paso a nivel.

El jefe de la estación de Liniers, que me conocía, se puso en comunicación telegráfica con el de Flores. Me anunciaban malas noticias. Mi mujer había muerto, y el cortejo fúnebre trataría de alcanzar el tren que estaba detenido en esta última estación. Me bajé atribulado, sin poder enterar de nada a mis hijos, a quienes había mandado adelante para que bajaran en Caballito, donde estaba la escuela.

En compañía de unos parientes y allegados, enterramos a mi mujer en el cementerio de Flores, y una sencilla cruz de hierro nombra e indica el

lugar de su detención invisible. Cuando volvimos a Flores, todavía encontramos el tren que nos acompañara en tan felices y aciagas andanzas. Me despedí en el Once de mis parientes políticos y, pensando en mis pobres chicos huérfanos y en mi esposa difunta fui como un sonámbulo a la "Compañía de Seguros", donde trabajaba. No encontré el lugar.

Preguntando a los más ancianos de las inmediateces, me enteré de que habían demolido hacía tiempo la casa de la "Compañía de Seguros". En su lugar se erigía un edificio de

veinticinco pisos. Me dijeron que era un ministerio donde todo era inseguridad, desde los empleos hasta los decretos. Me metí en un ascensor, y ya en el piso veinticinco, busqué furioso una ventana y me arrojé a la calle. Fui a dar al follaje de un árbol coposo, de hojas y ramas como de higuera aldonada. Mi carne, que ya se iba a estrellar, se dispersó en recuerdos. La bandada de recuerdos, junto con mi cuerpo, llegó hasta mi madre. "¡A que no recordaste lo que te encargué!", dijo mi madre, al tiempo que hacía un ademán de amenaza cómica: "Tienes cabeza de pájaro".



El héroe, de Guillem Sala i Lorda (Voces, editorial Anagrama, 19'50€)

En un extremo de la trinchera, el teniente Pierre Carrière alzó un par de dedos regordetes y ordenó a Mottet y Metmier que acudiesen a reunirse con él. Las balas alemanas pasaban a ras con un siseo que asustaba. Después de tres días de combate, habían comenzado a retroceder hacia el río y la cosa pintaba muy mal.

—Vosotros dos —gritó el teniente— salís a campo abierto, corréis a toda leche y en zigzag, os abris paso con las granadas, cruzáis la línea enemiga y os plantáis en Clorot-sur-Seine. Evitad la carretera. Cuando estéis en el pueblo, vais a la panadería (sólo hay una) y le decís a la panadera exactamente estas palabras: cariño, fui un cerdo y un ruin, lo sé. Pero de ésta no me libro y, si todavía te queda un poco de compa-

sión, te imploro que te apiades de mí y me perdones. Por el reposo de mi alma te lo ruego. Con todo mi amor en esta hora funesta, tuyo, Pierrot. Nosotros os cubrimos. ¿Queda claro?

—¡Sí, señor!

El teniente no había elegido al azar. Mottet corría como un galgo y Meunier, antes de la guerra, era cartero. Entre estruendos y estallidos, los dos mensajeros escalaron los sacos de arena y arremetieron contra el frente alemán con un coraje encomiable.

Al cabo de tres horas, ya regresaban. Saltaron a la trinchera, magullados pero a salvo.

—Que dice —resopló Meunier, con la espalda entre los sacos— que ya veo que sigues siendo el mismo cobarde, que no tienes lo que hay

que tener para venir a decirme lo que me tengas que decir y tienes que mandar a este par de memos. De rodillas tendrías que suplicarme y aun así... Es que te comportaste como una babosa asquerosa. ¡Con perdón, teniente!

—Parecía cabreada, señor —añadió Mottet.

El teniente Carrière quedó muy abatido. Las mejillas le colgaban fofas y toda la luz de su alma se había esfumado de sus ojos de buey moribundo.

—¿Qué tal un ramo de flores, señor? —sugirió el sargento de brigada Fleurquin.

Dos fulgores gemelos reavivaron de pronto los ojos del teniente.

—¡Flores, sí! ¡Son infalibles! ¡Labouille! Labouille, vete a la retaguardia a recoger... No, un momento

—meditó—, quieto ahí, Labouille, que esto es cosa mía.

Erguido como el gallo más nacionalista, Carrière abandonó la trinchera hacia el río. Cuando volvió, en una mano blandía un ramo de flores espléndido y con la otra ya se enroscaba las puntas del bigote.

—Bueno —se despidió, listo para saltar a campo abierto—, el deber me llama.

Los despojos del tercer regimiento de infantería lo aclamaron a gritos, los puños al aire:

—¡Estamos contigo!

—¡Le vas a derretir el corazón!

—¡Ya es tuya, teniente!

Y el teniente Pierre Carrière, armado con un ramo de flores, se abalanzó sobre el frente enemigo.



Sylvie Fleury

**18 de marzo
12 de junio de 2011**

C/ Alemania s/n. 29001 Málaga Tel. +34 952 12 00 55. www.cacmalaga.org

cacmalaga

Centro de Arte Contemporáneo

Ayuntamiento de Málaga



Colaboran:

Fundación suiza para la cultura

prohelvetia



Pura pasión, de Annie Ernaux (Ed. Tusquets, 5'50€)



Hasta no hace mucho las mujeres carecían de memoria, solo los hombres escribían autobiografías o confesiones íntimas; tampoco parecía que tuviesen opiniones sobre el sexo y estaban excluidas de la política. Salvo excepciones anteriores, a partir de la década de los cuarenta la literatura se convirtió en un espacio donde la memoria y la escritura se encontra-

ron para dar una voz diferente a las mujeres: enseguida desenmascararon sumisiones y prohibiciones. Annie Ernaux, como todas las escritoras singulares, fue y continúa siendo celebrada por la mayoría de lectores inquietos, aunque también denostada por los que se escandalizan con sus obras desgarradoras y explícitas.

Annie Ernaux (1940) ganó el prestigioso Premio Renaudot con *La Place*, cuenta con numerosos lectores en el mundo anglosajón y su obra es permanentemente estudiada en las universidades de Estados Unidos. Sus novelas alcanzan los tres millones de ejemplares vendidos (en su tiempo, *Pura pasión* se midió en competencia comercial con *El amante*, de Marguerite Duras). Con *Pura pasión*, junto al resto de sus novelas, se convirtió en una autora de culto en Norteamérica y Europa. En España, aparte de algunos admiradores o curiosos, y debido a la manipulación de los intereses de los lectores por indeseables discriminaciones editoriales, es, infortunadamente, poco conocida.

Cuando la escritura es el resultado de la exploración personal, necesita

evitar el pudor; así debió entenderlo Ernaux en *Pura Pasión*, después de ver sin decodificador, con la pantalla borrosa y llena de líneas, una película X en Canal+: «Me ha parecido que la escritura debería tender a eso, a esa impresión que provoca la escena del acto sexual, a esta angustia y a este estupor, a una suspensión del juicio moral». Ernaux no cuenta una relación en su breve novela, no narra una historia acudiendo a su cronología; relata lo que sentía: las obsesivas presencia y ausencia de su amante. No quiere explicar su enfermedad sino, sencillamente, exponerla, («Me interesa escribir para hacer visibles las cosas, no para embellecerlas. Y a cierta distancia, sin juzgar»). Lo que describe es su vivencia del placer como un dolor futuro, un nuevo dolor que probablemente atenúa dolores antiguos. Limitando sus horas a la espera de una llamada telefónica del amante o recuperando sus gestos para sublimarlos, construye su historia pasional, en la que poco tiene que ver el hombre al que ama. Al depositar obsesivamente todos sus deseos en él, esconde y evita angustias pretéri-

tas: la de su infancia (*La vergüenza*), su decepción matrimonial (*La femme gelée*), los celos (*La ocupación*) o el aborto anhelado (*El acontecimiento*).

A través de su escritura en *Pura pasión*, alcanza una lucidez dolorosa: «He descubierto de lo que uno puede ser capaz. De deseos sublimes o letales, falta de dignidad, creencias y comportamientos que tildaba de insensatos en los demás, hasta que yo misma recurrí a ellos». «Yo tenía el privilegio de vivir desde el inicio, constantemente, con plena conciencia, lo que siempre acaba por descubrirse con asombro y perplejidad: el hombre al que se ama es un extraño». O bien: «No me considero un ser único, sino el resultado de una suma de experiencias y determinaciones sociales, históricas y hasta sexuales».

Las novelas de Annie Ernaux no suelen estar disponibles en la mayoría de las librerías: los libreros acostumbra a pedir las a las editoriales cuando un extraño lector las demanda. Quizá alguno de sus títulos, por sorpresa, pueda encontrarse bajo las pilas de best-sellers que ofertan con entusiasmo.

Música

Damián Marrapodi

Quién dijo que todo está perdido

Mi vecino es bastante joven y toca la guitarra. Nos cruzamos en el ascensor, le pregunto cómo van sus clases y él me dice que no van: «no las necesito, yo quiero ser como Sabina». La frase, pronunciada con voz aguda, retumba en mi cabeza. Le digo que se fije en quienes influenciaron a sus músicos favoritos. Le recomiendo escuchar a Dylan, Atahualpa Yupanqui, los Beatles.

—¿Para qué? —espeta.

Aquel niño se limitaba a copiar una estética, no le interesaba saber de dónde y cómo nacía el trabajo de un artista.

El primer disco que escuché fue gracias a mi hermano. Él se iba a trabajar y dejaba a mi merced su colección de cassettes. Así descubrí a Fito Páez. Aquel pianista componía desde la inocencia misma de la persona que la va perdiendo, como Marguerite Duras cuando a los 15 años aprendió sobre la muerte y la seducción. En las canciones de Fito comulgan la fragilidad de la vida y el paso de la adolescencia al mundo adulto, ese que desconocíamos porque nuestros padres nos decían mentiras que preferíamos creer. En su música se encuentran los estadios que puede atravesar una persona, desde «Quién dijo que todo está perdido / yo vengo a ofrecer mi corazón», hasta la «Ciudad de pobres



corazones» donde el artista habla del dolor profundo por el asesinato de las personas que lo criaron. Un período de whisky y Lexotanil. Como él mismo dice, fue la ausencia lo que le hizo comprender que era otro expulsado.

Los personajes sobre los que escribe Fito se mueven en un barro de metafísica y fe del que quieren salir. La desesperación como motor.

El campo de lucha de lo cotidiano. Gritan, escupen, se pelean con dios y la sociedad. Son tan reales que habitan la ciudad y el bloque donde vives; pueden ser tú o yo. Fito consigue que nos sintamos reflejados en sus historias.

Decidí ayudar a mi vecino y subí a su piso para invitarle al concierto que el cantautor rosarino iba a dar en el

Teatro Cervantes ese mismo día. Accedió con sorpresa y agradecimiento, pero al llegar a las taquillas nos informaron de que no quedaban localidades. En el bar de la esquina, mientras bebía cerveza, me lamenté: si hubiera comprado las entradas antes, si hubiese aprendido a tocar el piano, si hubiese estudiado... Me di cuenta de que mi vida transcurría en el tiempo verbal de arrepentimiento de quienes no comenzaron a vivir. Esta vez no iba a ser igual. Diez minutos antes del comienzo conseguí dos entradas en la reventa.

Olvidé que iba acompañado y disfruté del espectáculo en solitario y sin culpa. Fito contó cómo surgían algunos temas: «Hay canciones incómodas; una de ellas la hice cuando tenía 37 años; me llevó 37 años componerla, pero la escribí en una hora». Y es así como alguien se sienta al piano y mueve —con acordes disminuidos, pasajes y modulaciones— las columnas más íntimas de esa construcción que somos, hasta hacerte llorar. Fito cerró la noche con una canción a *capella* y todo el teatro aplaudió de pie.

No sé qué le pareció el concierto a mi vecino, ni si aprendió algo. Aquella noche estuve muy ocupado comprendiendo algunas cosas importantes para mí.

Sexo en la frase

«¿Quién sabe lo que piensan?», nos responde él cuando se le pregunta acerca de las mujeres, esos seres contradictorios que restallan en cada brote histérico. «No piensan más que en una cosa», escuchamos decir a ella refiriéndose a los hombres, esos prehumanos con una sola neurona localizada entre las piernas.

Es habitual toparse con reuniones en las que abunda el intercambio de acusaciones andrófobas y réplicas misóginas. Se trata de una modalidad de disputa que ha adquirido un carácter casi omnipresente e irreconciliable. Además, por si no fuesen suficientemente molestas, contribuyen a remachar la lista de topicazos, siempre forjados para tranquilidad de sumisos y parálisis de inquietos.

¿Cómo nos afecta esto al escribir? A menudo se escucha en el taller de escritura el eco de las frases hechas. Bien de forma evidente, porque se reproduzcan tal cual, bien por una vía oblicua, en las características de un personaje o camuflados en la temática del relato, los tópicos reptan entre nuestras frases con la intención oscura de imponer su dogmatismo. Pero la escritura no consiste en la reproducción de clichés, sino en la sexualidad que surge de unir palabras que no se habían juntado antes.



Quien empieza a escribir lo suele hacer desde su posición; entre otras limitaciones, se resiste a elegir un narrador de diferente sexo (y aquí he evitado la expresión “sexo opuesto”, que quería colarse como una lagartija). Sin embargo, muchas escritoras

no se creen el tópico de la insalvable distancia y escriben historias contadas por hombres, de la misma forma que muchos escritores eligen a una mujer como protagonista o narradora porque así lo demande el relato. Flaubert, Yourcenar o Tolstói, por mencio-

nar solo algunos nombres, nos mostraron que podemos adentrarnos en la compleja esencia del ser, independientemente del sexo del personaje principal.

Hace unos meses, con motivo de la entrevista que concedió a este periódico, le pregunté a Juan José Millás acerca de su novela *La soledad era esto*. Dijo: «Me preguntaban cómo había conseguido situarme en el punto de vista de una mujer y hacerlo tan bien. Lo preguntaban también muchas mujeres que se sentían muy identificadas con este libro. Yo respondía que no había tenido que documentarme, que comprendería la pregunta y la extrañeza si yo hubiera escrito una novela desde el punto de vista de un marciano. Las mujeres y los hombres, además de aquello que nos distingue, tenemos por debajo algo común: somos seres humanos, y es más lo que nos une que lo que nos diferencia, de manera que no tuve ninguna dificultad al escribirla».

A través de la escritura podemos vivir otras vidas, sentir como sienten otros; podemos saber más sobre el ser humano, sobre nuestras semejanzas y divergencias. Por muy sibilino que sea, ningún tópico se sostiene de pie ante el martilleo continuado de las teclas.

Escritura y Psicoanálisis

Emilio Mármol

Idealmente... o de la mística de escribir

Si eres escritor, idealmente, serás invisible o ciego. Habitarás una soledad infinita imposible de colmar, de improbable solución. Trazarás líneas que serán dibujos de palabras, que querrán salir a la luz en el pulso doloroso de un parto interminable.

No sabrás del lugar exacto del que surgen, solo las percibirás cuando ya estén en el mundo y te muestren su rostro. Allí a veces no te reconocerás, y nadie podrá reconocerte. Como cualquier dios, en su infinita unidad, no encontrarás interlocutor.

En tu jardín del Edén pondrás criaturas rebeldes por su fantástica voluntad a tu voluntad fantaseada. Comerán la fruta de un saber del que nada sabes y cargarás, por una eternidad, con la culpa y el oprobio de sus actos.

Serás una abeja en el enjambre o el asteroide

solitario y único en que consiste tu galaxia. Más: tu universo. De él tendrás que crear desde el átomo hasta el límite en su confín. Y no es seguro que éste revele su naturaleza, de la que no conocerás si es temporal o espacial, conceptual o evidente.

Como el ave migratoria seguirás tu ruta, porque serás ciego a lo que podría extraviarte. Como el búho fiel a su atalaya, tu mundo será todo lo que alcanza un vuelo. Lo que en su garra se atrapa o en su corvo pico se concreta.

Y soñarás tejer, como hace la araña, una red sensible a la brisa. Musical en su frágil vibrado. Amarrada a cualquier punto que pueda calificarse de concreto. Que detenga al incauto viajero, para darte su noticia, su presencia, y apropiarte del ritmo de ese aliento que va perdiendo en su entrega

ingenua, para sentirte uno con él y único en ella.

Y soñarás..., soñarás despreocuparte de cómo se deshilvana tu vientre, mientras desconoces su ombligo productivo. Tan ajeno como el mundo destinado a ser su sacrificial ofrenda, aunque crean devorarlo. Más pegado a ti que tú mismo porque ese ombligo eres tú mismo el desconocido, el incognoscible, el invisible.

Tendrá ojos para los que no pueden ver por sí mismos y oídos para los sordos. Y pudor y piel para los que cubren la propia inimaginable. Y tacto intangible.

Ojos invisibles, y todo lo que no existe, serás por tu propio y desconocido ritmo y por lo que el mundo entero desconoce.

Y nadie podrá saber qué te pertenece.

| | | | | |
|---|---|--|---|--|
| <p>Librería rayuela</p> <p>C/Cárceer, 1 29008 Málaga 952 219697 952 220786 www.libreriarayuela.com rayuela@libreriarayuela.com</p> | <p>AGAPEA LIBROS URGENTES</p> <p>Avenida Doctor Manuel Dominguez, 6 29010 Málaga</p> <p>951 020 502 www.agapea.com</p> | <p>lasdescalzas papelería - librería copistería</p> <p>Plaza Las Delcalzas, 2 Antequera 952 844 339 info@lasdelcalzas.com</p> | <p>PROQUO</p> <p>C/Juan Villarazo, 28 Campus de Teatinos 29010 Málaga 952 612 871 www.proquo.com info@proquo.com</p> | <p>CINCO ECHEGARAY MÓVILES</p> <p>C/Echegaray, 5 29015 Málaga 952 60 93 52 www.cincoechegaray.com cincoechegaray@yahoo.es</p> |
|---|---|--|---|--|

Taxi driver, de Martin Scorsese (1976)

¿Qué recuerdos y secuelas se traen de vuelta de la jungla química de Vietnam? Para Travis Bickle —un joven veterano de la guerra que regresa a Nueva York— las respuestas son unas terribles jaquecas, la paradójica soledad en la Gran Manzana y el insomnio crónico. La incapacidad para hacer descansar la mente le obliga a conseguir un trabajo de taxista nocturno, como antídoto contra el tiempo que le sobra entre los momentos que asiste a los cines pornográficos y los ratos que vaga por la ciudad.

Desde el taxi, mientras cruza sobre alcantarillas humeantes y observa los vicios de negros, drogatas, putas y ladrones en las calles, Travis percibe lo peor de la madrugada. Alimenta un asco visceral hacia esos grupos marginados que le inyectan el odio en la nuca y la fantasía de exterminarlos para «limpiar» la ciudad. Travis no es un simple psicópata: ha recogido, literalmente, los peores y más escondidos anhelos de muchos conservadores, reaccionarios o biempensantes que son mayoría en la ciudad y también carnaza excitada para políticos depredadores. Pero no sabemos quién está más loco ni por qué. Tanto Travis como cualquiera de nosotros somos contradicciones andantes: a veces queremos algo y también su contrario. Por eso, aunque Travis siente que la sociedad le ha dado la espalda, quiere, a pesar de todo, integrarse en ella.

¿Cuántos desengaños necesita Travis para perder la razón? Intenta de veras establecer una relación con Betsy (bellísima Cybill Shepherd), y si bien en un principio resulta atractivo

para ella, sus rudimentarios recursos la hacen huir. Salvar a una niña prostituta (Jodie Foster), como metáfora de la liberación del mundo que le asquea, tampoco resulta: el poder que su proxeneta (excelente Harvey Keitel) ejerce sobre ella es más fuerte. La sociedad corrupta vuelve a ganar. Todo es confuso, sus esfuerzos no valen la pena. La violencia se transforma en la solución definitiva que encauza su destino y le permite salir de su rutinaria mediocridad.

Scorsese rueda la explosión de la mente de un psicópata, enseñándo-

nos la pólvora, la metralla y el encendedor que prende la mecha. Sin juzgar a nadie, las secuencias muestran cómo puede cruzarse la línea: las frustraciones que albergamos, si son aderezadas con más instinto que reflexión, pueden canalizarse hacia el odio, la ira y el fanatismo. Acompañamos a Travis en el taxi durante su descenso a los infiernos mientras se muestra como un paleta con botas de cowboy o un desequilibrado guerrero con cresta mohicana. La única diferencia con el resto es que Travis no da un paso atrás: cruza la línea y pisa

el acelerador hasta el final. Asistimos al momento exacto donde se pregunta a sí mismo ante el espejo: *Are you talking to me?* (¿Estás hablando conmigo?), y fantasea con la idea de ajusticiar al mundo. El espectador siente que se está dirigiendo a él. Travis es un peligroso psicópata, pero también uno de los hombres solos y desesperados que la sociedad construye. ¿Cuál es la diferencia? Que él, del mundo, sólo observa las cloacas, y para un tipo al que la soledad ha perseguido toda la vida, lleno de prejuicios e incapaz de entenderse con el resto, lo raro es no acabar formando parte de esa sociedad que a su vez condena y le repugna. Pierde el control; luce en su solapa la pegatina con el lema del aspirante a presidente de EE.UU.: *We are the people*. Aplaudes y sonríes las ocurrencias del candidato como un panoli, pero con un revólver oculto en la manga.

Es una película llena de metáforas sobre la soledad y muestras de las dificultades de integración generadas por una sociedad fecunda y a la vez hostil, que combina el talento en estado de gracia de Scorsese, De Niro, Bernard Herrmann (musicó varias películas de Alfred Hitchcock) y el guionista Paul Schrader (mucho del guión de *Taxi driver* tiene que ver con su estado de ánimo por aquella época: abandonado por su mujer, drogas, prostitución... Después se convertiría en un extraordinario director de cine). De obligada revisión cada cierto tiempo, lejos de perder vigencia a sus 35 años, sigue golpeando con la misma contundencia las conciencias contemporáneas.



Paternalidad irresponsable

Ada Valero

2. Talante

En mala hora recurrí al talante democrático para vencer la impenetrable hostilidad de mi hija. Diálogo, tolerancia, concordia... ¡Chorradas! Y mira



que no fue una decisión a la ligera; la apoyaron mi psicoanalista y la orientadora del instituto donde Clara cursa 4º de ESO (perdón, quiero decir Clara. Fuera los diminutivos paternalistas, según consejo de la profesional).

También se lo consulté a mi ex. Esa pija desnaturalizada debía de andar con su cuarteto de cuerda en algún bohío, porque la conexión telefónica fallaba y sólo me permitió captar una retahíla entrecortada de expresiones (apenas..., insensible..., tu ombligo...) envueltas en lo único que logró colarse intacto entre los vacíos de la cobertura: su retintín.

Pero aquel presagio no me desalentó. Tenía que conseguir llegar a Clara (digo, Clara), que se aislaba gracias a su hermético MP3 en la trinchera de su habitación. Análisis y método, me dije, y comencé a trazar

el plan. Me vinieron al pelo algunas nociones de Historia Contemporánea: guerra fría, telón de acero, países del bloque... Estaba seguro de que el muro de su enemistad caería hecho añicos por el empuje de mi talante, y el factor sorpresa la dejaría sin tiempo de reforzar sus defensas. Como dijo Gorbachov, la vida castiga a quien llega tarde.

La estrategia consistía en atacar sus dos flancos: 1) recogerla a la salida del instituto para ganarme la complicidad de sus amigas, que no tardarían en envidiar a un padre tan guay; y 2) una conversación de hombre a hombre con el noviete..., porque por muy guay que seas, da palo llevar a la niña al ginecólogo. Así que abastecí de condones al chaval, hice de tripas corazón y le invitaba a venir a casa. Mejor que se lo monten en el cuarto, no vaya a ser que, por ir a

salto de mata, tengamos un disgusto mayor.

Mi psicoanalista, en lugar de felicitarme, se detuvo a ahondar en la elección inconsciente de la expresión "hacer de tripas corazón". La orientadora, por su parte, se marcó el detalle de prestarme un descomunal falo de madera para aleccionar a la parejita sobre la correcta colocación del preservativo.

Tres meses más tarde, el muro de Berlín resultó ser un seto al lado del de mi hija. Sus amigas me miraban con el mismo asco que ella y empezó a mosquearme el gasto en palés de condones para el cabrón del noviete. Corté el grifo. A Clara le indignó que destapara su promiscuidad. Y una semana después llegaron las notas: cinco cates de nada. Eso sí, nunca nadie le cruzó la cara a su hija con tan buen talante.

V Concurso de Microrrelatos Paréntesis

Se presentaron 3174 cuentos procedentes de todas partes del mundo. En el anterior número de este periódico, publicamos el microrrelato ganador (*Escena Primordial 1*, de Carlos Carusi) y dos de los finalistas (*El fantasma del Olimpia*, de Miguel A. Royo, y *Una mujer corriente*, Juan González de las Casas).

A continuación ofrecemos los textos de los tres restantes finalistas, a quienes felicitamos por su buen hacer.

Ganador del V Concurso de Microrrelatos Paréntesis:

Escena primordial 1, de Carlos Carusi (Buenos Aires, Argentina)

Finalistas:

El fantasma del Olimpia, de Miguel A. Royo Payarés (Zaragoza, España)

Una mujer corriente, de Juan González de las Casas (Murcia, España)

Burocracia, de M^a Eulalia Douglas Pedroso (La Habana, Cuba)

Aula Magna, de Elena Marqués Nuñez (Sevilla, España)

Cada cosa en su lugar, de Nathalie Moreno Arqueros (Santiago, Chile)

Finalista**Burocracia**

El carro de los bomberos, con el ulular de su sirena, se abre paso hacia el Viejo Callejón, en el ultramarino barrio de Regla.

Excepto los nuevos vecinos del 206 y los muchachos de la cuadra, nadie se asoma. Los bomberos se detienen delante del edificio gris y ensamblan las escaleras hasta el segundo piso donde los espera la obesa señora Felicia, que no cabe por las escaleras de la vivienda.

Esta escena se repite cada vez que Felicia tiene cita con el médico. Hace cinco años que está solicitando a Bienestar Social que le permuten su apartamento por uno en bajos. Pero es tanto el papeleo que esto genera que nunca llega su turno.

Felicia, resignada, sigue en el segundo piso. El jefe de los bomberos asienta los traslados en el Registro de Cumplimientos y cada año, con sonrisa socarrona, informa a su Comando que han ganado, por sobre-cumplimiento, la emulación del Distrito.

M^a Eulalia Douglas Pedroso
La Habana (Cuba)

**Finalista****Aula Magna**

Ni subido a una escalera conseguiría besarte, tan distante te percibo, con ese desdén con que te mueves desde la altura de tus ojos grises. Te sientas a mi lado, dejándote caer con displicencia, y ladeas la cabeza para rozarme el cuello con tu rubia melena, tan lacia y pensativa. No entiendo bien ese interés perverso por provocar pasiones sin futuro.

Acaba la clase y ya me olvidas, y en pocas ocasiones te despides: solo esbozas una sonrisa ambigua que promete lo que luego no cumples. Pero hoy me has dejado una nota, con siete palabras graves como siete puñales: «Ni subido a una escalera conseguirás besarme».

Elena Marqués Nuñez
Sevilla (España)

Finalista**Cada cosa en su lugar**

Si digo que él mintió, miento. Si digo que no mintió, no digo la verdad. Ella tiene cuarenta años, se llama Simona y es mi hermana mayor. La quiero como ella no es capaz de quererse. Él se llamaba Ricardo. Al principio me pareció feo y con el tiempo, repugnante. Su boca no era boca, era un pozo de agua estancada. Las costuras de los pantalones casi le reventaban y usaba la camisa afuera para mal disimular su obesidad. Coronaba la indumentaria una mancha oscura en su espalda de buey y dos fétidas aureolas bajo los brazos. Una tarde le dijo a mi hermana que le había conseguido el trabajo prometido. Sólo le pidió a cambio que abriera las piernas. Entonces ocurrió lo que ocurrió. Si digo que Simona lo empujó por el balcón, miento. Si digo que Ricardo resbaló, no digo toda la verdad.

Nathalie Moreno Arqueros
Santiago (Chile)

La Asociación Cultural Paréntesis convoca el

VI Concurso de Microrrelatos Paréntesis

Para autores de todo el mundo / Admisión hasta 30 de septiembre de 2011 / Bases expuestas en www.tallerparentesis.com

1.000 € al mejor microrrelato



Paréntesis

El tapiz

"Partir del mínimo detalle e ir abriendo la ciudad como un abanico", con estas palabras Antonio Almansa me regaló La ciudad automática, de Julio Camba, periodista y afamado escritor de artículos de viajes.

Subo a la terraza del hostel donde me hospedo para contemplar la enorme extensión que ocupa la ciudad de Kathmandú. Una ingente acumulación de edificaciones apelotonadas que apenas permiten entrever los huecos desordenados de las calles y plazas. El paisaje cenital de la ciudad parece un enorme y abigarrado tapiz enmarcado por montañas.

Mi hotel está localizado en el barrio de Thamel. Todas sus turísticas callejuelas, salpicadas por el monzón, se encuentran repletas de tiendas pensadas para satisfacer nuestros gustos occidentales, nuestras aficiones, nuestra comodidad... Todo aquello que queríamos encontrar en Nepal está ahí. No cabe decepción alguna. Ellos saben muy bien lo que buscas, y te lo venden por un módico y negociado precio en rupias.

Reconoces que has salido del gueto turístico cuando el caos se hace aún más evidente. Las calles no tienen aceras, tan solo las delimitan las marcadas acequias por donde discurre el agua embarrada. El tráfico sigue siendo insolente, más aún cuando son nepalíes los que estorban. El claxon es un sonido familiar aunque fastidioso, y es imposible huir del ruido de moscardón de las motos.

La ciudad se muestra más auténtica. La gente circula con una prisa habitual, de hormiguero.

Flanqueando los callejones se

sucedan los comercios, ridículos habitáculos cuya mercancía cubre por entero suelos y paredes. En medio, el tendero te sonríe y muestra las palmas de sus manos a modo de invitación. Tiendas de hilos, telas, corderos y pollos abiertos sobre mostradores ensangrentados, churros y samosas expuestas sobre enormes cacerolas de bronce, aceite a granel, sacos de semillas y especias, ferreterías donde se puede encontrar el tornillo adecuado entre tanta cajita, pastelerías con vitrinas repletas, sombríos restaurantes de paredes ennegrecidas y techos bajos con olor a aceite recalentado, farmacias donde se puede comprar hasta el papel higiénico, tiendas de té, colmados...

Al llegar a una plaza, no es difícil

asombrarte con un antiguo templo que se mantiene en pie de puro milagro. Los tejados sobresalen de la pared del edificio formando cornisas rectangulares que se apoyan en talladas vigas de madera y de las que cuelgan viejos volantes de color burdeos. Al pasar junto al templo, los nepalíes se tocan la frente varias veces, justo en el lugar donde llamea un lunar rojo. Con su mano derecha hacen girar los cilindros que se alinean junto a la pared del templo. Todos lo hacen maquinalmente, como si fuese un ademán atávico que naciera con ellos. El budismo carece aquí del glamour de occidente, de esa pose progre de falso hippy.

Cualquier camino parece conducirme a la Estupa de Swayambunath

(también llamada de los monos), encaramada en lo alto de una colina, tras una empinada cuesta y una interminable escalera de perfecta perspectiva hacia el cielo. Peldaño tras peldaño tropiezo con los gemidos de los mendigos apostados en los laterales, y las vendedoras de chucherías y agua mineral del otro lado. Arriba nos espera una brisa fresca como premio a decenas de creyentes y turistas mientras recorremos la estupa en el sentido de las agujas del reloj.

Me detengo junto al muro de piedra que separa la estupa del exterior. Desde allí se puede divisar la ciudad, abigarrada, estática, como un enorme tapiz bordado de pequeños detalles que apenas son visibles a la vista.



Silenciodanza, entre el arrebató y la melancolía

Dos mujeres devanan sus pensamientos alrededor de una ausencia. Dos mujeres que son una sola, Penélope desdoblada, y las dos juntas son menos que lo que han perdido. ¿Qué esperan? ¿A quién? Una puerta se cierra, y a los pies de estas mujeres se abre un silencio como un agujero, un silencio culpable y torturado. Una puerta se cierra, y en el interior se han quedado dos mujeres que se muerden la lengua, se cosen la boca, se beben las lágrimas y destejan sus sueños.

Las dos mujeres son Nieves Rosales y Mavi Rodríguez, ambas bailarinas que dan vida a *Destejiendo Sueños*, título que nos adentra en el nuevo espectáculo de la compañía malagueña Silenciodanza. Una propuesta que capsula, en poco más de una hora, todos los rasgos característicos de su poética: experimentación,

fuerza, valentía y una calidad técnica muy depurada.

La joven compañía, fundada por la bailaora, coreógrafa y directora de escena Nieves Rosales, viene desarrollando, desde hace algunos años, un intenso y apasionado diálogo entre el flamenco y la danza contemporánea. Una apuesta usual en estos tiempos, se podría aducir, con acierto. Sin embargo, basta con oír los acordes iniciales o los primeros pasos de *Destejiendo Sueños*, para entender que las hechuras son otras, nada que ver con esas propuestas indefinidas tan propias de esta huera posmodernidad que, en su abulia, ha confundido mestizaje con cambalache.

El concepto de *Destejiendo Sueños* es profundamente flamenco. No en vano, durante una hora asistimos a la transformación del cuerpo en movimiento, en un canto elegiaco; y

no hay mayor elegía que la proclamada por un quejío a tiempo en una desgarrada soleá. El espacio es sobrio, rústico, descampado; en suma, flamenco. La interpretación tiene un genio arremolinado, emocional y arrebatado, natural cuando se baila con las tripas. La estructura, circular, es tenaz y obstinada como un martinete. Hasta en el aire del espectáculo aflora un alarde gimiente como la cuerda de una guitarra... y, sin embargo, los puristas podrían reclamar, tal vez con razón, unas formas más flamencas. Si bien, la jondura está más en la filosofía que en la apariencia. Es una fuerza subterránea que impregna cada giro, cada gesto suspendido, cada empeño callado de las dos Penélopes que fatigan su anhelo. Un sereno tributo al flamenco de siempre, sí, pero también una mano tendida a todo lo nuevo.

Destejiendo sueños es un milagro en estos tiempos, tan proclives al postizo y la facilonería. Un destello de luz que llega al hombre para hacerlo más bello y humano, a pesar de que las viejas heridas sigan sangrando: ¿Qué esperan esas mujeres que tienen el rostro de todas las mujeres? Acaso es la espera ancestral que nos iguala a todos. ¿A quién esperan esas mujeres? Y la incógnita se calza los zapatos y taconeando sobre el misterio, en mitad de un silencio de otro tiempo. Quizá, más allá de la melancolía, doblegado ya el ímpetu de la memoria por hacer recuento, nos asalte la certidumbre como una epifanía: apenas somos fantasmas que, a solas, esperamos en la sombra a otro fantasma.

Eduardo Mendoza (*Riña de gatos*, Premio Planeta 2010)

Su novela está ambientada en el período previo al comienzo de la Guerra Civil Española. Con la situación política y social que recoge, ¿le resultó difícil no tomar partido?

Cuando uno escribe deja de ser uno mismo, es como representar un papel sabiendo quién es cada uno. Hay escritores que se meten en la piel de asesinos, de seres repugnantes, sin que eso le cause un trastorno. Simplemente, uno sale de sí mismo. Es evidente que mis simpatías iban hacia un lado, pero no recuerdo haber pasado momentos de especial inquina.

Una vez más, el protagonista de esta novela es alguien desorientado, superado por la situación, que se gana con sus limitaciones la simpatía del lector. ¿Por qué siempre elige personajes así?

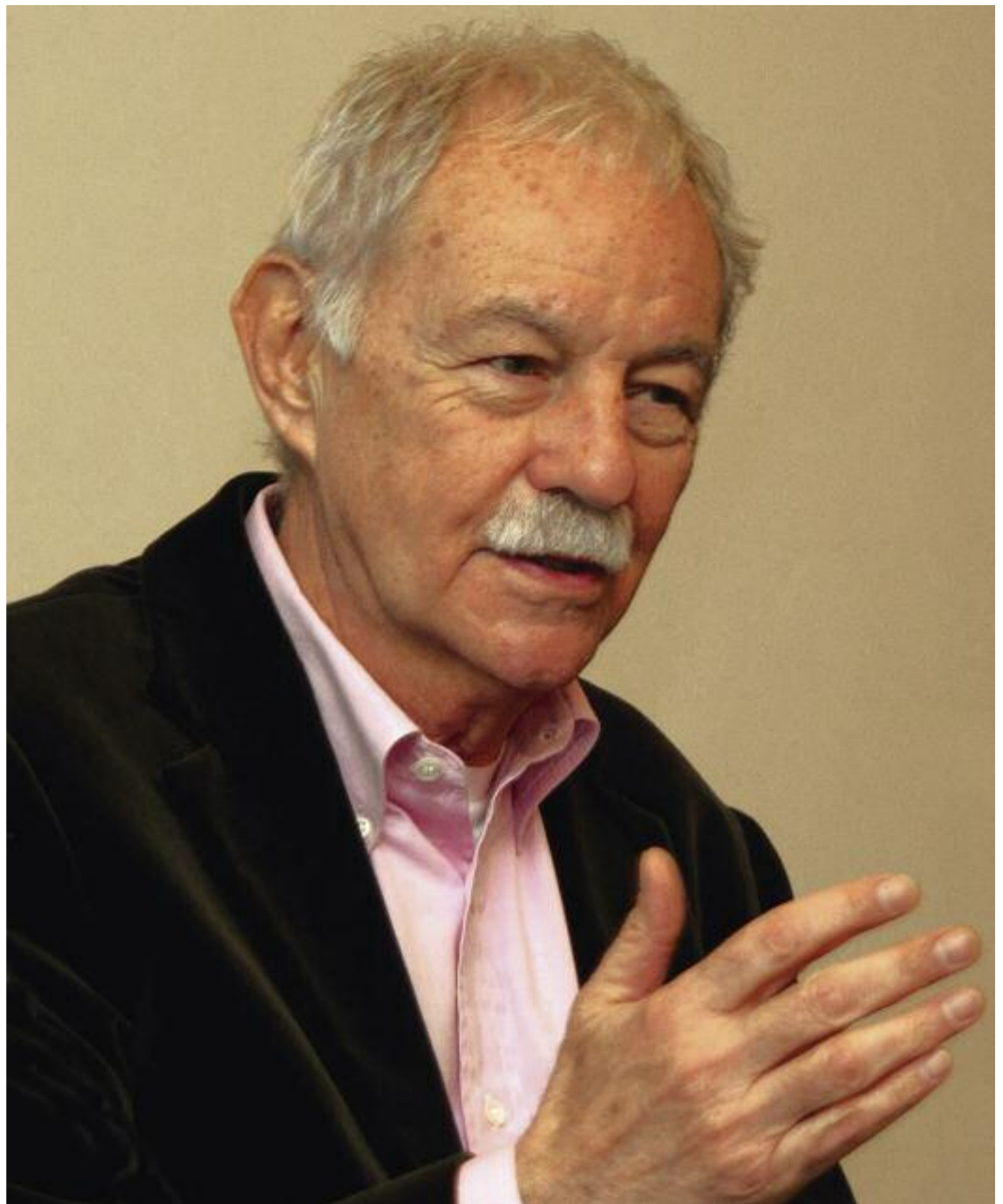
Son ellos los que se me imponen, eso le pasa a todo el que escribe. Hay un tipo de personaje que viene a ser un trasunto de uno mismo más o menos disfrazado. Las características cambian pero lo esencial se repite porque representa la manera que tienes de estar en el mundo. Con curiosidad, pero al mismo tiempo con desconcierto. Con ganas de marcharte, pero sin irte definitivamente de los sitios.

¿Hay algún personaje de la Literatura que le sirva de referente?

Hay muchos personajes literarios que me gustan. Soy lector. Creo que los escritores debemos ser lectores de grandes clásicos. Siempre he procurado leer a los grandes novelistas rusos, franceses, españoles. ¿Con qué personaje me quedaría? Al final, aunque sea muy vulgar, acabas volviendo a don Quijote y Sancho, esta pareja que es modelo de todas las parejas que van a salir luego. Hasta Stan Laurel y Oliver Hardy, uno delgado y otro gordo, uno listo y otro tonto, y los dos además tan perdidos, porque están enfrentados entre sí y además solos ante el mundo. Es enternecedor. Creo que todos los personajes se reducen un poco a este individuo solo frente a un mundo en el que no está seguro de si va a acertar o no con la contraseña.

Hablando de contraseñas, en *Riña de gatos* el protagonista, ante el cuadro de *Las Meninas*, parece concluir que no somos más que enanos y bufones en manos del poder.

Bueno, sí, es un poco exagerada la postura, pero creo que en la novela sí se corresponde, porque esa es la situación histórica. Nada impide que, en un momento dado, los bufones y enanos echen fuera a los del cuadro.



Esta nueva visión de Las Meninas se me ocurrió precisamente escribiendo el libro. Fui de vez en cuando a ver las obras del Prado, como hace el protagonista, a ver si me traspasaban un poco de su energía, y pensé que una de las muchas interpretaciones posibles de Las Meninas era que quienes realmente cuentan están fuera del cuadro.

¿Igual que el autor en su obra?

En el caso de Velázquez, el autor está dentro del cuadro. La idea me gusta por eso: el autor del libro está más dentro del libro que fuera.

Antes de ganar el Premio Planeta dijo que *La ciudad de los prodigios* era su novela más ambiciosa porque

en ella había mayor acuerdo entre el propósito y el resultado. Según este criterio, ¿dónde ubica *Riña de gatos*?

No lo sé porque es demasiado reciente. La ciudad de los prodigios lleva tantos años fuera de mis manos que puedo hablar de ella casi como si fuese la novela de otro. He oído y leído tantas cosas sobre ella, se ha publicado en otros países, en lugares donde solo significa lo que está en el libro, sin connotaciones externas. ¿Cómo ven La ciudad de los prodigios en Japón, Corea, Israel o Polonia? Eso ya me permite tomar una distancia mayor, y no sé si es la mejor, no sé si es la novela con la que estoy más satisfecho, pero creo que es la que más alcanza ese acuerdo.

En 1975, publicó *Soldados de Cataluña*. La dictadura franquista le obligó a cambiar el título y finalmente el libro se tituló *La verdad sobre el caso Sabolta*. Aunque se presente de forma solapada, ¿existe en la actualidad alguna forma de censura?

No. La censura siempre es censura. Hay límites que uno mismo se impone y que la sociedad impone, eso es inevitable. Puedo decidir no contar algunas cosas para no ofender a mis vecinos o con la intención de vender más, pero eso no es censura, son obstáculos o motivaciones. La censura es una censura oficial: «yo le diré a usted si puede o no publicar este libro». Eso ahora no existe, y que Dios nos lo guarde mucho tiempo.



Taller de Escritura Creativa



C/Sánchez Pastor, 1, 1ºD - 29015 Málaga
www.tallerparentesis.com
info@tallerparentesis.com
952 60 82 44



Periódico cultural gratuito
disponible también en internet
ISSN: 1989-1121
Depósito Legal MA-577-2008